

real erario todos los gastos hechos en la guerra contra los rebeldes, deseoso de ampliar cuanto le fuese posible el reino de Jesucristo mas bien que el suyo propio, consultó al supremo consejo de Indias acerca de los medios mas eficaces que pudiesen emplearse para hacer estable la tranquilidad de la California y mayores y mas rápidos los progresos del cristianismo. El consejo, después de una madura deliberacion, respondió á su majestad: 1º Que siendo la sólida conversion de los californios á la fe de Jesucristo la base y fundamento de la felicidad de la península, debia continuarse por los misioneros jesuitas que la habian comenzado, *los cuales, añadió, han trabajado tan fructuosamente en aquellos pueblos y en otras muchas naciones de la América confiadas á su cuidado.* 2º Que en los puertos capaces y seguros se fuesen fundando poblaciones de españoles con fortificaciones y presidios de soldados y en el centro de la península se fundase otra en que pudiesen refugiarse los misioneros en caso de rebelion de los indios. Este proyecto habria sido muy útil si la esterilidad del país hubiera permitido ponerle en ejecucion y si las colonias se hubieran de componer de familias morigeradas, y no como suele hacerse de malhechores, bandidos ú holgazanes sacados de la hez del pueblo. 3º Que para activar los progresos del cristianismo convendria que al mismo tiempo que los jesuitas avanzaban sus misiones hácia el Norte, otros del mismo instituto entrasen en la península por la parte setentrional ó por el rio Colorado y tomando una direccion contraria llegasen á encontrarse con los primeros. Esto es lo que tanto deseaban los misioneros por las ventajas que de ello esperaban, y á este mismo fin dirigieron sus muchos trabajos los padres Salvatierra, Kino y Ugarte; mas para conseguirlo se necesitaba tiempo y paciencia, ni segun las reglas de la prudencia se podian plantar misiones en el rio Colorado sin haber sujetado antes á la ley cristiana las naciones que habitaban entre el rio y Sonora, en lo cual se ocupaban entonces los misioneros de esta última provincia. 4º Que tambien convendria para la mas pronta propagacion del cristianismo, que tanto en las misiones de la California como en las de Sonora confinantes con las naciones gentiles, se duplicasen los misioneros para que el uno cuidase de los neófitos y catecúmenos reunidos en la mision y el otro se emplease en buscar á los gentiles para atraerlos á la fe, y que tambien hubiese en ellas soldados á las órdenes de los misioneros para que los defendiesen y acompañasen siempre que fuese necesario. Esta medida de duplicar los misioneros se puso en práctica cuanto fué posible, tanto en Sonora como en la California; pero como las misiones encomendadas á los jesuitas de la provincia mejicana eran mas de cien, no era fácil tener un número tan crecido de misioneros ni proporcion para sustentarlos. Estos y otros pareceres, dados al rey Felipe

por aquellos sabios consejeros, dan á conocer que ellos estaban animados del mismo celo que el soberano, y que habian aplicado á aquel negocio toda la atencion posible. El rey en consecuencia expidió el 13 de noviembre de 1744 una larga cédula, dirigida al conde de Fuencalra, virey de Méjico, tan circunstanciada y estrecha, que parecia que su real ánimo no se ocupaba en otra cosa sino en la conversion de los californios. En ella después de exponer largamente y aprobar el dictámen del consejo con singulares alabanzas del celo y fatiga de los misioneros jesuitas, mandó que el virey se dedicase á ejecutarla con la mayor actividad. "En 1702, dice entre otras cosas su majestad, ordené que los misioneros de la California fuesen ayudados con todo lo que cooperase á su alivio y á la consecucion de su santo fin, y en 1703 mandé que tanto á los misioneros que ya estaban en la California como á los que en adelante fuesen allá, se les suministrase anualmente sin dilacion y en dinero efectivo, el mismo estipendio ó limosna que suele darse á los otros misioneros de su orden para sus alimentos, lo cual hasta hoy no se ha hecho, ni en aquellas misiones se ha gastado nada á mis expensas; porque las quince que hay al presente se mantienen sin el menor gasto de mi real erario, con crecidas limosnas de personas particulares, conseguidas por el celo y solicitud de los padres de la Compañía. Mas supuesto que los medios propuestos por mi consejo son tan pocos dispendiosos, y por otra parte tan útiles, convendria que se pusiesen por obra, así como todos los que tengan por convenientes los jesuitas mas prácticos en la provincia, á quienes por conducto de su provincial tengo pedidos informes que estoy esperando." Efectivamente, el año siguiente de 1745 el padre provincial Cristóbal de Escobar envió á su majestad un amplio y exacto informe acerca de las misiones de Sonora y de la California, en el cual después de hablar del clima, de la calidad del terreno, de la situacion y extension del país y del número y estado actual de las misiones, hacia ver la imposibilidad de formar poblaciones de españoles en los terrenos estériles de la California y sugeria los medios mas oportunos para el adelantamiento del cristianismo y para la proyectada continuacion de unas y otras misiones por el Norte. Con este fin proponia entre otros varios proyectos útiles el de establecer un presidio de cien hombres en las riberas del rio Gila para contener la osadía de los crueles apaches, cuyas frecuentes correrías en Sonora y Pimería, eran el mayor obstáculo á la propagacion del cristianismo en aquella parte. Hacia tambien presente á su majestad que los trescientos pesos asignados para la manutencion de cada misionero no eran bastantes á los que se hallaban en las remotísimas misiones de la Pimería, porque mas de la

mitad se gastaba en el transporte de las cosas necesarias que se llevaban de Méjico por un camino de mas de quinientas y cincuenta leguas. Pudo tambien haber añadido que á pesar de las estrechas y repetidas órdenes de su majestad y de los monarcas sus predecesores, se gastaba una parte considerable de aquella limosna en los regalos que para conseguirla era preciso hacer á los que la pagaban.

Cuando este informe llegó á Madrid, habia muerto ya Felipe V; pero Fernando VI, su digno hijo y sucesor, expidió en 4 de diciembre de 1747 una cédula dirigida al virey de Méjico en la cual insertó la ya citada de su padre, y le mandó una copia del informe, para que examinándolo todo y conferenciando con personas sabias, ejecutase, sin esperar nueva orden, lo que hallase mas conveniente á la propagacion del cristianismo en aquellos países tan distantes de la corte. Le previno tambien que interpusiese su autoridad con el obispo de la Nueva Vizcaya para inclinarle á que aceptase la cesion que hacia el provincial de los jesuitas de veintidós misiones en las provincias de Topia y Tepehuana, á fin de emplear á los misioneros que estaban en ellas en la conversion de los gentiles del Norte, pues hallándose en estas dos provincias bien establecido y radicado el cristianismo, podian ser regidas por sacerdotes seculares como las otras parroquias antiguas de la diócesis.

§ II.

EFFECTO DE LA CÉDULA. ÓRDEN DEL PROVINCIAL. VIAJES DE LOS PADRES CONSAG Y SEDELMAYER.

Pero aquellas cédulas sólo sirvieron de hacer patentes la piedad y el celo de los monarcas, porque ninguna de las cosas que propuso el consejo y pidió el provincial tuvieron efecto, á excepcion de la cesion de las veintidós misiones. El provincial para no omitir por su parte ninguna diligencia que pudiese contribuir á la consecucion de tan deseado fin, mandó que el padre Fernando Consag, misionero hábil y de vida ejemplar, compañero del padre Sestiaga en la mision de San Ignacio, hiciese un nuevo viaje al rio Colorado, navegando tierra á tierra, para reconocer los puertos y playas de la costa oriental de la California, que nadie habia observado hasta entonces. Este viaje se hizo á expensas de las misiones, contribuyendo cada una con lo que pudo.

Se aprestaron cuatro barcos en el pequeño puerto de San Carlos, situado mas allá de los 28°, y en ellos se embarcaron el 9 de junio de 1746 el padre Consag, algunos californios y un número suficiente de yaquis, que entre aquellos indios son los mas prácticos en la marinería. Nevegó tierra á tierra observando con suma diligencia las playas, puertos, islas y arrecifes. Como saltaban con frecuencia en tierra para reconocerla,

en dos ó tres lugares quisieron los salvajes asaltarlos como enemigos, teniéndolos por pescadores de perla, por los cuales solian ser molestados; pero evitaron sus hostilidades, ya con buenas palabras, ya atemorizándolos, sin causarles ningun daño. Al acercarse á la extremidad del golfo, todos los que se mojaron con sus aguas cáusticas sintieron los efectos perniciosos que se habian ya experimentado en el viaje del padre Ugarte. Llegaron á la embocadura del rio el 14 de julio, y permanecieron allí hasta el 25; observaron las tres islas que hay en ella, é intentaron navegar rio arriba; pero no pudieron separar con los remos la rapidez de la corriente. Habiendo desembarcado algunos en aquellas islas, estuvieron á pique de ahogarse, porque repentinamente fueron sorprendidos por dos aguas contrarias, la una del rio crecido con las lluvias y la otra de una oleada del mar. Uno de los barcos se volteó después con la violencia de las olas y se perdió casi toda la carga, salvándose, aunque con trabajo, los que iban en él. Ademas de esto, comenzaba ya á sentirse el escorbuto, tan perjudicial en aquellos meses, y por tanto el padre Consag, cumplida la orden de su superior, se puso en camino para volver al puerto de San Carlos, de donde habia salido, reconociendo los lugares de la costa que no habia podido observar á la ida. Habiendo regresado á su mision escribió un diario muy circunstanciado de su viaje y levantó una carta de la costa. Uno y otra se publicaron en el tomo tercero de la historia de la California impresa en Madrid.

El padre Santiago Sedelmayer, laborioso alemán y misionero de Tubutama en la Pimería, hizo por su parte á los rios Colorado y Gila en los años de 1744, 48 y 50, tres viajes que á mas de haberle dado ocasion de agregar á su mision cuatrocientos nuevos catecúmenos, sirvieron de dar á conocer mas el curso de los rios, el país circunvecino y las diversas naciones gentiles que le habitan.

§ III.

DESGRACIAS DE LAS MISIONES DEL MEDIODÍA Y RESOLUCION TOMADA POR ELLAS. PÉRDIDA DE CINCO HOMBRES BENEMÉRITOS DE LA CALIFORNIA. ELOGIO DE ESTOS. NUEVO GOBERNADOR DE LA PENÍNSULA.

Mientras aquellos celosos misioneros viajaban á fin de propagar el cristianismo hácia el Norte, las misiones del Mediodía se estaban despoblando á causa de las enfermedades enviadas por Dios, como puede creerse, en pena de las maldades de los pericúes. Diversas enfermedades epidémicas que sobrevinieron en 1742, 44 y 48, hicieron tanto estrago en aquella nacion, que apenas escapó la sexta parte de ella. Los trabajos de los misioneros en aquellos años calamitosos

no pueden explicarse suficientemente, pues se hallaban ocupados todo el día y gran parte de la noche en llevar á los enfermos los auxilios espirituales y corporales.

Los uehitas, que eran una rama de la nacion guaicura, sufrieron en aquel tiempo una calamidad semejante, y aun mayor á proporcion de la que experimentaron los pericúes, porque habiendo tomado las armas contra otros cristianos y hallándose obstinados en sus empresas hostiles, el teniente gobernador del presidio de San José les declaró la guerra como á enemigos y les hizo muchos muertos; otros murieron después en las enfermedades epidémicas, y así se fué disminuyendo su número, de modo que en 1767 no había quedado vivo mas de un solo individuo.

Habiéndose, pues, disminuido tanto el número de neófitos en las misiones meridionales, fué preciso disminuir tambien el número de estas. Con este fin se dispuso que los pericúes que habían quedado en la de Santa Rosa y los pocos de la de San José que sobrevivieron á las calamidades repetidas de su nacion, se agregasen á la mision de Santiago, y que el lugar de la Paz, cuyo campo era faltar de agua, se abandonase, y que las tribus de guaicuras que le habitaban se pasasen juntamente con su misionero al de Santa Rosa, ya despoblado. Mas como su lugar principal se llamaba Todos Santos, tomó este nombre la mision. Esta disposicion fué útil á los neófitos, porque pasaron á un sitio mejor que el que habitaban, y lo fué tambien al resto de la California, porque con la supresion de aquellas dos misiones innecesarias se ahorraban dos misioneros que podian ocuparse con mas fruto en las del Norte.

La California padeció mucho en aquel tiempo, no solo con la guerra de los uehitas y con las enfermedades epidémicas que despoblaron los países meridionales, sino tambien con la pérdida de cinco hombres de importancia y muy beneméritos de la península, á saber: el padre Bravo en 1744, el padre Tempis y el capitán gobernador en 1746, el padre Sestiaga en 1747 y el padre Guillen en 1748, todos dignos de nuestra memoria y de nuestros encomios.

El padre Santiago Bravo, aragonés, llegó á la California en 1705 en compañía del padre Salvatierra, y permaneció allí treinta y nueve años trabajando de misionero y de procurador con mucha ventaja de las misiones, y llevando una vida no menos laboriosa que ejemplar. Plantó y gobernó ocho años la desprovista mision de la Paz, y fabricó en Loreto una iglesia grande, la casa del misionero procurador y un buen buque que sirvió veinticinco años á la colonia. Murió en 13 de mayo de 1744 en la mision de San Javier, á donde había ido esperando aliviarse con aquel temperamento; pero su cadáver fué llevado á Loreto y sepultado en la iglesia que él mismo fabricó.

El padre Antonio Tempis, natural de Bohe-

mia, pasó á Méjico en 1736, y en el mismo año fué enviado á la California y destinado á restablecer la mision de Santiago, destruida en la rebelion de los pericúes. Estos, arrebatados del odio al cristianismo, habían arruinado la iglesia y las casas y talado los campos, y aunque se rindieron, mas bien obligados de la fuerza de las armas que llevados del deseo de la vida cristiana, sin embargo, el padre Tempis, con su grande caridad, con su incomparable dulzura y con los singulares y constantes ejemplos de su vida, los aficionó tanto á la doctrina de Jesucristo y los redujo tanto á las buenas costumbres y á las ocupaciones de la vida social, que en tres ó cuatro años se puso aquella mision en un estado mejor que el que tuvo antes de perderse, así en lo espiritual como en lo temporal. Conociendo él que para mejorar un pueblo no hay cosa mas importante que la buena educacion, puso un cuidado particular en los niños, á quienes tenia siempre cerca de sí y á su vista, los instruía con frecuencia, los corregía como padre, y los ejercitaba en algunas labores proporcionadas á su edad y á sus fuerzas, para irlos acostumbrando al trabajo. El celo por la gloria de su Criador le obligaba á hacer los esfuerzos posibles para impedir toda clase de pecados; pero este celo estaba tan templado por la prudencia y mansedumbre, que ninguno tenia motivo para quejarse de él. Aunque era tan empeñoso en buscar el bien de los otros y tan compasivo para con todos, mostraba particular empeño y ternura con los enfermos, alimentando, curando, consolando y auxiliando con todos los socorros necesarios á la salud del alma y del cuerpo á cada uno, con tal dedicacion como si él fuera el único neófito encomendado á su cuidado pastoral. Esta grande caridad se explicó mas en las epidemias que tanto afligieron á las misiones meridionales, en cuya época trabajó con exceso. A veces, hallándose tambien enfermo y tan débil que no podia tenerse en pié, se hacia llevar por sus neófitos á lugares no pocas leguas distantes de Santiago á socorrer á los enfermos: á veces iba por su pié, casi arrastrándose, á socorrer á otros no muy distantes. Los sentimientos de su heroica paciencia en las tribulaciones fueron reducidos por él á esta lacónica expresion, que tenia siempre en la boca: *Todos los trabajos por el amor de Dios.* Expresion que se hizo familiar á los soldados que le acompañaban y á sus neófitos, los cuales se valian de ella útilmente en cualquiera adversidad, aunque ligera. Los luminosos ejemplos de su vida le conciliaron la reputacion de santo entre lo que eran testigos de ellos, los cuales referian tambien algunas cosas extraordinarias que el vulgo tuvo por milagrosas; mas nosotros como no las creemos del todo superiores á las fuerzas de la naturaleza, no dudamos que serian gracias particulares del cielo alcanzadas por los méritos de este fiel siervo de Dios. Final-

mente, después de diez años de tareas verdaderamente apostólicas, murió santamente el padre Tempis en su mision de Santiago, y á los tres años, en 1749, se imprimió en Méjico una breve relacion de su inocente vida.

El padre Sebastian de Sestiaga, uno de los mas laboriosos y famosos misioneros de la California, nació en Teposcolula, lugar considerable de la Mixteca en la Nueva España, en 1684. En la Compañía, en donde entró aun jóven, se concilió la estimacion, no solo por su virtud, sino por su bello ingenio. Siendo en 1718 catedrático de bellas letras en Méjico, fué destinado por los superiores á la California del modo que ya hemos dicho. En los veintinueve años que rigió sucesivamente las misiones de Mulegé y de San Ignacio, convirtió un número muy considerable de bárbaros, y propagó de un mar al otro la doctrina de Jesucristo con indecibles trabajos. Como los bárbaros que acudian á las misiones á ser instruidos en la fe eran, segun el uso antiguo de la California, sustentados á expensas del misionero todo el tiempo que duraba su instruccion, el padre Sestiaga, siempre que le faltaban víveres para alimentar á los catecúmenos, tomaba un saquillo de maíz y carne seca para alimentarse, y salía á buscar á los salvajes en sus propias habitaciones, distantes tal vez doce ó mas leguas de la mision, y allí permanecía mas ó menos tiempo segun era necesario, predicando, catequizando, bautizando, confesando y sufriendo en cuanto al cuerpo una vida semejante á la de los salvajes, sin casa y sin cama, expuesto de día y de noche á la intemperie y privado de todas las comodidades de la vida. Con este modo de vivir se acostumbró á dormir siempre vestido, y así estaba mas pronto para levantarse, como lo hacia todos los días, dos horas antes de amanecer, á ocuparse en el ejercicio de la oracion y prepararse para la santa misa. A veces haciendo alguna correría apostólica por los bosques en compañía de algunos de sus neófitos, trasportado de celo y con el rostro inflamado, prorumpia en estos clamores: *Venid todos, venid á la fe de Jesucristo. ¡Oh! ¡Quién pudiera hacerlos á todos cristianos y llevarlos al cielo!* Su corazón estaba tan desprendido de las cosas terrenas, que habiendo arrojado en una borrasca las olas del mar muchas madreperlas en la playa de la mision y siéndole estas presentadas por los indios, las mandó volver al mar sin querer ni aun abrirlas. Su suma delicadeza de conciencia le ocasionó tal tempestad de escrúpulos, que quedando por ellos casi inútil para las funciones de misionero, fué, á su pesar, obligado á dejar las misiones. Los superiores le enviaron á Méjico y después á Puebla, en donde yo tuve la fortuna de tratarle en los últimos años de su vida y de hallarme presente en su dichosa muerte, acaecida en 22 de junio de 1756.

El padre Clemente Guillen era natural de Zatecas, ciudad de la Nueva España. Después

de haber sido catedrático de filosofia en Méjico, fué enviado por los superiores á las misiones de la California, á donde llegó el año de 1714, después de haber naufragado y sufrido otros gravísimos contratiempos, y adonde permaneció treinta y cuatro años trabajando gloriosamente hasta su muerte. Plantó la mision de la Virgen de los Dolores en el país de los guaicuras, el mas estéril de la península, y en los veinticinco años que la gobernó con mucha fatiga, convirtió la mayor parte de aquellos feroces bárbaros. En 1746, el superior de las misiones viéndole muy débil por los años, los trabajos y las enfermedades, le exoneró del cargo de misionero y le envió á descansar á Loreto; mas aun allí continuó trabajando cuanto le fué posible, y dió un raro ejemplo de celo, porque habiendo llegado á la mision de tierra muy remota una india anciana cuya lengua no entendian los misioneros, él á la edad de setenta años se puso á aprenderla con el solo fin de doctrinar aquella mujer, y en este heroico ejercicio de caridad le sobrevino la muerte en 1748.

Don Estévan Rodriguez Lorenzo, de quien tantas veces se ha hablado en esta historia, era natural del Algarve, país de la corona de Portugal, de donde siendo aun jóven, pasó á Sevilla y de allí á Méjico, donde fué algunos años mayordomo de una hacienda perteneciente al colegio de jesuitas de Tepozotlan. En 1697, cuando el padre Salvatierra, rector antiguo de aquel colegio, emprendió su primer viaje á la California, Rodriguez se comprometió á acompañarle y fué admitido en calidad de soldado después de haberle hecho entender las incomodidades y riesgos anexos á aquella empresa. En 1701 fué creado capitán y gobernador por los votos de sus compañeros, á cuya eleccion dejó este nombramiento el padre Salvatierra. Ejerció este empleo con grandes aplausos por mas de cuarenta años, conciliándose con su buena conducta la estimacion de los misioneros y el respeto de los soldados y de los indios. Tenia grande valor, constancia superior á las mayores dificultades, prudencia rara, suma integridad en la administracion de justicia, y sobre todo, buenas costumbres, piedad ejemplar y mucho celo por la gloria de Dios. Diariamente oia misa y asistía á todos los otros ejercicios de piedad que se practicaban en la iglesia de Loreto. A él se confesaron en gran parte deudores los misioneros de los progresos del cristianismo en la California. Siempre que se plantaba alguna nueva mision, iba con algunos soldados en compañía del misionero al lugar designado y permanecía con él por algun tiempo, no solo para defenderle de cualquiera tentativa de los bárbaros contra su persona, sino tambien para ayudarle en abrir el camino, preparar el terreno labrantío y construir los rústicos edificios que al principio servian de iglesia y de habitacion. El era el primero en todos aquellos trabajos, obligando á ha-

cer lo mismo con su ejemplo á los soldados y á los indios, con cuyo arbitrio se terminaban muy pronto las obras que de otra suerte habrían necesitado mucho tiempo. Varias veces dió pruebas de que el atractivo de las riquezas no era capaz de torcer su virtud ó inducirle á cometer una acción que le pareciese ilícita ó indecorosa. Hallándose una vez en la isla de San José, le ofrecían los indios una gran cantidad de perlas por la espada que llevaba en la cinta; pero él no quiso absolutamente entrar en aquel contrato, aunque sumamente ventajoso, juzgando cosa indigna de un militar despojarse de sus armas por cualquier interés que fuese. En 1744, habiendo cegado, quedando por tanto inútil para el servicio, el superior de las misiones consiguió del virrey que sus empleos recayesen en su hijo don Bernardo Rodríguez de Larrea; pero no pudo conseguir que aquel digno militar octogenario y ciego que había servido al rey cuarenta y siete años con tanta fidelidad, se le asignase para pasar el resto de su vida ni aun la miserable pensión que se da á un soldado inválido. Bien que él no la necesitaba, porque estaba seguro de tener en abundancia todo lo necesario de la piedad de su buen hijo y de la caridad y gratitud de los misioneros. Murió, finalmente, como buen cristiano, en 1º de noviembre de 1746.

Don Bernardo Rodríguez heredó las virtudes cristianas y militares, pero no la robustez de su padre. Algunas enfermedades que padecía se le agravaron de tal modo en los seis años que gobernó la California, que murió en 1750. Le sucedió don Fernando Javier de Rivera y Moncada, que había servido con aprecio en aquella península, y que después en sus nuevos empleos se portó como digno sucesor de aquel célebre portugués.

§ IV.

VIAJES APOSTÓLICOS DEL PADRE CONSAG. MISION DE SANTA GERTRUDIS, Y SU MISIONERO EL PADRE RETZ.

Ya hacia tiempo que se deseaba la fundación de nuevas misiones por el Norte; pero este deseo se había frustrado parte por las revoluciones de los pericúes, y parte por la escasez de misioneros. Mientras estos se esperaban de Méjico, los padres Sestiaga y Consag habían hecho de su misión de San Ignacio varias salidas, tanto á disponer á los salvajes á recibir el Evangelio, como á buscar lugares á propósito para plantear nuevas misiones. Después del año de 1747, en que el padre Sestiaga se retiró de la California, continuó el padre Consag por su parte aquella laboriosa empresa con tal dedicación, que en 1751 ya había convertido, catequizado y bautizado quinientos cuarenta y ocho indios de los que de-

bían pertenecer á la nueva misión proyectada; pero no pudo hallar lugar á propósito para establecerla, á excepcion de uno distante de San Ignacio mas de veintisiete leguas hácia el Norte, el cual tenia una sola fuente de agua tan escasa, que no alcanzaba para regar el terreno que allí había capaz de cultivo. Mas no habiendo podido hallarse otro mejor y siendo necesaria la misión, se determinó plantarla en este.

El piadoso marqués de Villapiente al hacer donación del capital para que se fundase la misión de San José del Cabo, había declarado que siempre que esta no se juzgase muy necesaria, era su voluntad que el capital se emplease en la fundación de otra dedicada á Santa Gertrudis en el país de los cochimies. Había llegado el caso previsto por aquel ilustre fundador, pues por haberse disminuido tanto los pericúes, se había quitado de San José la misión que hubo allí hasta el año de 1730, y su pueblo se había agregado á la de Santiago, aunque distante doce leguas.

Pero antes de establecer la nueva, quiso el padre Consag hacer otra salida mayor que las anteriores, internándose cuanto le fuese posible hácia el Norte en busca de lugares donde plantar misiones. Con este fin salió de San Ignacio en mayo de 1751 en compañía del nuevo capitán don Fernando de Rivera, llevando un competente número de soldados, cien neófitos, y muchas bestias cargadas de víveres y agua. La razón de llevar una comitiva tan numerosa fué el evitar los desastres que de otra suerte habrían acaecido, porque siendo pocos y teniendo que caminar por países desconocidos y entre bárbaros que no tenían ninguna noticia del cristianismo, habrían sido infaliblemente atacados y se habrían ocasionado desgracias de una y otra parte; al contrario, siendo crecido su número, ninguno se había de atrever á hostilizarlos. Por otra parte, en aquellos países montuosos y sin caminos eran necesarios muchos brazos para abrirlos y proporcionarlos á las caballerías. El padre Consag tomó por aquella parte de los montes que mira al mar Pacífico, porque se había observado que de aquel lado eran menos raras las fuentes en todos los terrenos de la península hasta entonces conocidos; mas habiendo girado dos meses ó internándose hasta los 30º y mas, no pudo hallar ningun lugar con agua suficiente para una misión. Al acercarse á los 30º en un sendero por donde iban á pasar vieron un ramo de pitahayo atravesado con flechas, signo con que los amenazaban los bárbaros de tratar de aquella manera á quien se atreviese á pasar adelante; pero nuestros viajeros pasaron sin hacer aprecio de aquellas amenazas y los bárbaros no se atrevieron á hostilizarlos, antes bien los recibieron como amigos, y admirados al ver los caballos, suplicaron al capitán que los mandase á pa- cer cerca del lugar donde vivían sus parientes,

para que también ellos pudiesen verlos. El capitán les dió gusto, y ellos no se cansaban de contemplar aquellos grandes y hermosos animales, tan dóciles al imperio del hombre. Este desgraciado y dispendioso viaje no fué inútil, porque aunque no se consiguió lo que se pretendía, sirvió de amansar á los salvajes, de aficionarlos al cristianismo y de abrir con el bautismo las puertas del cielo á los párvulos que estaban peligrosamente enfermos y que de facto murieron.

Habiendo vuelto el padre Consag á San Ignacio, envió al lugar destinado á la nueva misión algunos de sus neófitos acostumbrados ya al trabajo, con el fin de que fabricasen la iglesia y las casas necesarias, bajo la dirección de un célebre indio ciego llamado Andrés Comanají, conocido también con el apellido de Sestiaga, tomado de su maestro y padre en Cristo Sebastian de Sestiaga. Este indio fué al principio catequista en la misión de Mulegé y después ejerció el mismo empleo con mucho aprecio en las de San Ignacio y Santa Gertrudis hasta la expulsión de los jesuitas. Su virtud ejemplar, el celo que manifestaba por la conversión de sus paisanos, la gracia particular que tenía para explicarles y hacerles entender los misterios de nuestra religión, la constancia en instruirlos, la paciencia inalterable con que sufría la inquietud de los niños y la rudeza de los catecúmenos que enseñaba, hicieron famoso el nombre de Andrés y le captaron el aprecio de los misioneros y soldados y el respeto y la veneración de los indios. Frecuentemente fortificaba su alma inocente con los santos Sacramentos, y todo el tiempo que no empleaba en el catequismo ó en las necesidades de la vida, se estaba en la iglesia orando con mucha devoción.

No debe admirarse que un ciego fuese arquitecto y director de aquellas fábricas, porque eran tan toscas, que no necesitaban de reglas de arquitectura, y la habilidad de Andrés era tal que suplía con el tacto la falta de vista. La armazón de aquellos rústicos edificios era de madera, y las paredes de lodo y piedras pequeñas; el techo era también de madera y de varas ó cañas cubierto de juncos. Se plantaban cuatro horcones en los cuatro ángulos de cada estancia, y á ellos se ataban fuertemente con correas de cuero, tanto los palos que servían de paredes como las varas ó cañas del techo, y así en estas fábricas no se necesitaba plomada, ni martillo, ni clavos, ni cal. Estos eran los mejores edificios que se construían por primera vez en las misiones, pues por lo común no eran mas que cabañas ó meras enramadas. Cuando las misiones con el tiempo adquirieron estabilidad, los neófitos comenzaban á sacudir la pereza de la vida salvaje y se conseguían mejores materiales para fabricar, se construían buenas iglesias y casas mas cómodas.

Concluidas las fábricas de Santa Gertrudis, pasó á establecer la misión en el estío de 1752 el

padre Jorge Retz, alemán, que desde el año anterior había estado en la misión de San Ignacio aprendiendo la lengua cochimí. Cada uno de los misioneros, según el uso constante de aquella península, contribuyó con lo que pudo para el nuevo establecimiento, dando algunas cabras, ovejas, vacas, caballos, mulas, ó alguna cantidad de víveres. Con este auxilio que recíprocamente se daban los misioneros, se evitaban muchas necesidades y se activaban los progresos de las misiones. El padre Retz comenzó la suya con seiscientos neófitos catequizados y bautizados por el padre Consag; pero como estos daban noticia á los gentiles sus vecinos de la nueva ley, de la necesidad del bautismo para salvarse y del buen trato que les daban los misioneros, comenzaban aquellos á venir en tropas de treinta, de cuarenta ó de setenta personas pidiendo el bautismo, y así en pocos años tuvo el padre Retz á su cuidado hasta mil y cuatrocientos neófitos, ayudado por el catequista Andrés Comanají. Cuando alguno de los catecúmenos era bautizado, le daba el misionero, según la costumbre desde mucho tiempo antes introducida en aquella península, una crucecita que debía siempre llevar pendiente del cuello para que le sirviese de insignia de su fe y le excitase siempre la memoria de la redención.

Para que aquella misión se consolidase y prosperase no faltaba sino la agricultura; pero todo aquel terreno era muy pedregoso y falto de agua. Sin embargo, apenas habían pasado dos meses después de su establecimiento, cuando en un lugar no muy distante de ella se encontró un manantial pequeño, y á casi una milla de él un corto giron de tierra capaz de cultivo, al cual se condujo el agua por un angosto canal abierto en la piedra viva. Cerca de este se formó otro pequeño campo con tierra llevada de otra parte y extendida sobre las piedras como solía hacerse en la península, usando de toda la economía posible para no perder nada de aquella poca agua. Se plantaron también algunos árboles frutales y una viña, que á su tiempo dió buen vino. A pocos años los campos cultivados daban ya todo el trigo y maíz que la misión necesitaba; pero era necesario para esto sembrar sucesivamente en la misma tierra las dos semillas. La tapa del trigo se hacía en octubre y la cosecha en mayo; después de esta seguía luego el abono de la tierra y los nuevos barbechos para sembrar en junio el maíz, cuya cosecha se levantaba en fines de setiembre, volviéndose á labrar el mismo terreno para tapar el trigo en el mes siguiente. También era singular el modo de guardar el vino: no siendo conocidas allí las pipas ni pudiendo tener el padre Retz aquellas tinajas de barro de que se hacía uso en otras misiones, determinó que para esto se labrasen algunas de aquellas piedras muy grandes que abundan en el país, ahuecándolas á manera de sepuleros, y cubriéndolas con tablas

empegadas. En semejantes vasijas se echaba y se conservaba bien el vino.

El buen éxito de esta mision reavivó el ardiente celo del padre Consag. Este en el viaje que hizo al rio Colorado en 1746, no habia podido hallar en toda la costa oriental de la península ningun lugar á propósito para plantar una mision, ni tampoco en el viaje de 1751 pudo hallarle en aquella parte de las montañas que mira al mar Pacífico. No faltaba, pues, sino buscarle en la parte de las mismas montañas que miran al golfo. Con este fin emprendió el mismo misionero en la primavera de 1753 un tercer viaje no menos laborioso é infructuoso que el segundo. Se internó hasta los 31° sin hallar mas que grandes pedregales que maltrataron mucho las bestias.

§ V.

SE VENCEN LAS DIFICULTADES QUE IMPEDIAN EL AVANCE DE LAS MISIONES HACIA EL NORTE. MUERTE Y ELOGIO DEL PADRE CONSAG.

Para que las misiones avanzasen hácia el Norte como lo deseaban los misioneros, se necesitaban capitales con que fundarlas y lugares donde plantarlas, y no habiendo esperanza ni de lo uno ni de lo otro, movió Dios el ánimo de una insigne y nobilísima bienhechora. Esta fué la duquesa de Gandia doña María de Borja, la cual por un criado suyo que habia sido soldado de la California, supo la esterilidad de aquel suelo, la miseria de los indios y los trabajos y tareas apostólicas de los misioneros. Y pareciéndole que no podia hacer cosa mas agradable á Dios que emplear sus riquezas en el fomento de aquellas misiones, dispuso en su testamento que sacando de sus bienes libres las gruesas pensiones que de por vida dejaba á sus domésticos, todo el resto se aplicase á los misioneros de la California, juntamente con los capitales de las pensiones después de la muerte de los legatarios, y que se fundase en la península una mision en honor de su esclarecido antepasado san Francisco de Borja. La suma adquirida por este testamento en favor de las misiones ascendia en 1767 á sesenta mil pesos, y debia recibirse casi otro tanto cuando muriesen los domésticos pensionados y se cobrasen unas deudas considerables. Con tan crecido capital se podian fundar muchas misiones en la California, como en efecto se hubieran fundado si los jesuitas no se hubieran visto obligados el año citado á abandonar la península.

Faltaba vencer el otro obstáculo relativo al lugar para fundar la proyectada mision; pero quiso el Señor que se hubiera allanado en 1758, porque el padre Retz habiendo sabido por algunos de sus neófitos que en un sitio llamado *Adac*, distante de Santa Gertrudis casi tres jornadas hácia el Norte, habia un manantial copioso, mandó algunas personas de confianza que le viesen y ob-

servasen el terreno. Le hallaron efectivamente en la falda de una colina poco distante del puerto de los Angeles en la costa oriental; observaron que el agua brotaba caliente y con un hedor sulfúrico; que enfriándose perdía del todo el hedor y quedaba potable, y que aunque no era tan abundante como aseguraban los indios, era suficiente para regar el terreno labrantío que allí habia.

El padre Consag se habia acercado mucho al manantial de *Adac* en su último viaje; pero ni le vió ni tuvo noticia de él. Casualmente era superior de la California cuando se descubrió este lugar, y deseaba mucho plantar aquella mision por la cual habia trabajado tanto; pero no lo consiguió porque murió en setiembre de 1759 á la edad de 56 años. Era nativo de Austria, en donde entró en la Compañía de Jesús. Pasando después á Méjico, fué enviado por los superiores á la California en 1732. En los primeros cinco años de su residencia allí rigió varias misiones en que faltaban los misioneros, y en los veintidós restantes estuvo en la de San Ignacio, primero en compañía del padre Sestiaga, y después solo, cuidando no solamente de aquel numeroso cristianismo, sino tambien de los gentiles que debian pertenecer á la mision de Santa Gertrudis, de los cuales convirtió, catequizó y bautizó seiscientos. No es fácil numerar las leguas que anduvo este hombre infatigable en sus continuas salidas á los terrenos de su mision, en sus viajes á los países gentiles y al rio Colorado, y en la visita que como superior hizo á todas las misiones de la península, y lo que es mas de admirar, estando casi siempre enfermo. Cuando en sus viajes hacia alto para que descansasen sus compañeros y las bestias, él se ponía de rodillas á orar, posponiendo el reposo del cuerpo al del alma. En suma, con sus ejemplares virtudes y sus tareas apostólicas mereció que el nombre Consag se colocase entre los de los hombres ilustres de la California.

§ VI.

FALTA DE BASTIMENTOS Y CONSTRUCCION DE OTROS NUEVOS. MUERTE Y ELOGIO DEL HERMANO MUGAZABAL.

Hacia mucho tiempo que la península necesitaba bastimentos para el transporte de las cosas necesarias al presidio y á las misiones. La ballandra *Lauretana*, mandada fabricar por el padre Bravo, se hallaba en tan mal estado por los continuos viajes de tantos años, que se temia que dentro de poco se inutilizase. El barco *San José*, comprado por cuenta del real erario, además de ser muy pequeño, era su madera tan mala que necesitaba carena con mucha frecuencia. Por estos motivos el virey, en virtud de las representaciones del padre Juan Armesto, antes

misionero de la California y entonces procurador en Méjico de las misiones, habia mandado que se construyese un bastimento en Realejo, puerto de Nicaragua. Este costó al rey mas de diez y nueve mil pesos, á mas de los gastos de su conduccion hasta Acapulco. De aquí se dirigió para la California á expensas de las misiones; pero antes de llegar fué destrozado por una borrasca en las rocas de *Purám*, cerca del cabo de San Lúcas. La tripulacion, que se salvó en la tierra próxima, fué conducida á la mision de Santiago y sustentada dos meses por el padre misionero Francisco de Escalante. Y así este buque en vez de ser útil acarrió daño á las misiones.

Informado el virey de esta desgracia, permitió que en la misma California se construyese otro bastimento por cuenta del real erario. Con este fin el padre Lúcas Ventura, procurador de las misiones en Loreto, hizo llevar de Matanchel una cantidad considerable de madera de cedro, y para los leños curvos que se necesitaban en la construccion, hizo cortar en Londó algunos mezquites ó acacias, cuya madera es durísima y á propósito para tales obras. El fabricante fué un indio de las islas Filipinas llamado Gaspar de Molina, el cual, aunque en los años que habia estado parte en California y parte en Sinaloa, no habia dado ninguna prueba de su habilidad en este arte, construyó un bastimento grande, fuerte, bien proporcionado, veloz y velero; en suma, tal como le podia haber hecho el mas excelente maestro. Costó mas de diez y ocho mil pesos; pero el procurador no quiso poner en cuenta al erario mas de diez mil, en consideracion á los gastos que de él se habian hecho en el bastimento perdido poco antes. Alentado el padre Ventura con el buen éxito de esta empresa, quiso que el mismo indio Molina fabricase á expensas de las misiones otro bastimento algo menor que el primero, pero igualmente perfecto, y le construyó de facto tal cual le queria. Estos dos buques, los mejores que habia habido en la California, fueran entregados al comisionado real cuando los jesuitas salieron de la península.

En el mismo año de 1759 en que se perdió el buque construido en Realejo, perdió tambien la mision de los Dolores un barco que le servia para el transporte de las cosas necesarias, pues á causa de la suma esterilidad de aquella tierra, necesitaba que todos los víveres le fuesen de otra parte. Habiéndose suscitado en un viaje cierta cuestion entre dos indios remeros, el patron del barco, que era un indio de Sinaloa, de muy buenas costumbres, prócuró apaciguarlos; pero recibió la muerte en premio de su caridad, porque uno de los contendientes indignado contra él, le mató de una pedrada en la cabeza, y para evitar el castigo merecido, acordó con los otros nueve ó diez compañeros suyos, todos guaicurás, esparcir la voz de que en medio de una borrasca habria fracasado el barco en un escollo y que el patron se habia

ahogado porque no sabia nadar tan bien como ellos. Para hacerlo creer, destrozaron de propósito el barco, y esparcieron los fragmentos, la vela, el cordaje y la carga; pero cuando esta noticia llegó á Loreto, sospechando el capitan gobernador lo que realmente habia sucedido, pasó á la mision de los Dolores, y allí hizo tales investigaciones, que llegó á descubrir la verdad, confesándola llanamente todos los indios, por cuyo motivo condenó al homicida á muerte y castigó á los otros con penas menores. El padre Lamberto Hostell, que gobernaba aquella mision, no quiso desde entonces tener barco, privándose de aquella comodidad por no exponer á sus neófitos á semejantes desgracias, y haciendo que se le llevase por tierra todo lo necesario, aunque de lugares muy distantes y por malos caminos.

Mas sensible que esta pérdida fué la que en 1761 sufrió la California en la muerte del hermano Juan Baustista Mugazabal, que le habia sido muy útil, tanto con sus servicios personales como con los ejemplos de su santa vida en los cincuenta y siete años que allí vivió. Era nativo de la provincia de Alava en España, de la cual en 1704 pasó á la California, en donde fué primero soldado, y después alférez hasta 1720, observando siempre una conducta irreprochable. En este año entró de cuadjutor en la Compañía de Jesús, y habiendo aprendido la ciencia de los santos en la escuela de aquel gran maestro el padre Juan de Ugarte, llegó á ser un religioso perfecto. Estuvo encargado casi cuarenta años del almacen de las misiones y del presidio establecido en Loreto, de las pagas de los soldados y marineros, de los buques, de la compra de provisiones necesarias y de su conduccion á todas las misiones. Además de esto, hacia tambien de sacristan de Loreto, y algunas veces de catequista, portándose en tales ocupaciones, así como en todos los ejercicios de la vida religiosa, diligente, humilde, modesto y devoto. Su constancia en la oracion por tantos años llegó á gastar los ladrillos del pavimento de la iglesia en que acostumbraba hincarse; pero ni esta continua aplicacion de su mente á las cosas del cielo, ni su laborioso empleo de agente de las cosas de las misiones y presidios, ni las disciplinas, cilicios y ayunos con que atormentaba frecuentemente su cuerpo, ni la insalubridad de aquel clima, impidieron que pasase de los ochenta años, sirviendo fielmente al Señor hasta el último suspiro y dejando después de su muerte el buen olor de sus virtudes.

§ VII.

MISION DE SAN FRANCISCO DE BORJA, Y SU MISIONERO EL PADRE LINK.

Entre tanto no se echó en olvido la proyectada mision de San Francisco de Borja. El padre José Rotea, que llegó á la California en 1759,